

en la medida de sus posibilidades, circunstancias o voluntad, teniendo en cuenta además que esa asistencia religiosa no sólo se desarrolló entre los miles de asilados sino también entre el resto de la población española. La persecución religiosa fue conocida en el mundo a través del Cuerpo Diplomático extranjero —entre otras fuentes—, y parte importante del mismo no dudó en asilar a católicos y clero para evitar su asesinato, lo cual motivó —entre otros factores— el desprestigio internacional de la España republicana para numerosos Gobiernos extranjeros y, en otros, la creación de una losa de recelo.

Finalmente, un tercer grupo de estudios analiza las estrategias, medios, apoyos y obstáculos al proyecto de reconquista católica (“De Sevilla la roja a la tierra de María Santísima. La recatolización de Sevilla”, “La religiosidad popular como elemento de adhesión al primer franquismo. Una aproximación al caso de Sevilla”, “La

prensa católica en Andalucía Occidental en la posguerra. Los casos de Cádiz y Sevilla”, “Un caso singular: fray Albino González Menéndez, obispo de Córdoba”).

En conjunto, la obra de estos trece historiadores, pertenecientes a diversas instituciones y universidades, resulta atractiva por la novedad de enfoques y la valentía de los temas, políticamente incorrectos todavía para algunos sectores de nuestro contemporaneísmo. Tan sólo apuntar que, quizá, hubiera sido mejor un índice más claro para el lector, agrupando los artículos por temas o periodos cronológicos, de una manera más o menos generosa. En todo caso, sus investigaciones resultan de obligada consulta para los interesados en el tema y en la España de aquel tiempo. Sobre todo para evitar los mismos errores y los mismos dramas humanos.

ANTONIO MANUEL MORAL RONCAL

Caín SOMÉ LASERNA, *La Sevilla carlista de 1833-1840. Levantamiento y represión*, Madrid: Editorial Actas, 2014, 275 p., ISBN 978-84-9739-143-6

En las historias clásicas sobre las guerras carlistas, Andalucía aparecía como el teatro de la famosa expedición del general Gómez y algún que otro pequeño aspecto. Todo parecía indicar que la región apenas había tenido protagonismo y bases carlistas en el siglo XIX, por lo que la labor de Manuel Fal Conde al frente del carlismo andaluz, durante el azaroso quinquenio republicano (1931-1936), fue

considerada por todos como el nacimiento propio de esta corriente política en el sur español.

Sin embargo, lejos de la realidad, Sevilla nunca permaneció ausente como ha demostrado el estudio de Caín Somé. Si retrocedemos a los orígenes del carlismo, no fueron pocas las familias que se vincularon con los ideales tradicionalistas durante diferentes generaciones; no fueron pocas

las conspiraciones contra el régimen liberal, e incluso intentos de alzamiento generalizado en tierras andaluzas, como el caso del brigadier Malavila que se analiza en el volumen; singular el papel desempeñado por el arzobispo Cienfuegos, mandado al destierro por no comulgar con las reformas liberales; y la expedición del general Gómez que mantuvo en vilo a las autoridades municipales, y que a su paso fue dejando tantos detractores como partidarios.

La finalidad de la citada aventura militar fue impulsar la guerra en el noroeste peninsular, contando con las tropas más instruidas del ejército, ya que en ellas podía hacer menos mella la desertión, pues sus hogares se encontraban en zonas ocupadas por los isabelinos. A fines del mes de junio de 1836, cerca de 3.000 soldados carlistas partieron de Amurrio en dirección a Asturias y Galicia, al mando de Gómez, que se encaminó hacia Oviedo, donde hizo su entrada el 5 de julio, presentándose 520 voluntarios con los que formó el primer batallón asturiano. El 18 hizo su entrada en Santiago de Compostela, ciudad que tuvo que abandonar dos días más tarde, debido a la proximidad de un mayor contingente de soldados enemigos. Ante la imposibilidad de mantenerse en tierras gallegas, Gómez se dirigió a León, donde logró aumentar sus efectivos con voluntarios mientras acumulaba enseres, llegando a salir la expedición acompañada de un convoy de cerca de cien carros. Pronto alcanzaron Palencia, en el norte de Castilla, por lo que Madrid envió numerosas columnas en su contra. Pero, a los

pocos días, Gómez cayó sobre ciertas fuerzas de la Guardia Real, en Matillas, a las que derrotó e hizo prisioneras. La noticia de este infortunio motivó que el propio ministro de la Guerra, general Rodil, marchara en persecución de los carlistas, los cuales huyeron hacia Albacete. Desde allí intentaron llegar a la capital, aunque el 20 de septiembre la expedición fue sorprendida en Villarrobledo por el general Alaix y hubo de retirarse perdiendo cerca de mil soldados. La prensa isabelina anunció la disolución de la expedición, pero pronto llegaron nuevas sobre la caída de Córdoba, que trajo consigo la adhesión a la bandera de Carlos V de Baena, Cabra, Lucena, Montilla y Castro del Río, amenazando el control gubernamental en Andalucía.

Pero, fuera porque considerase imposible mantenerse ante la gran cantidad de fuerzas que confluían en su contra, fuera porque se había extendido el rumor de que otra expedición carlista había cruzado el Ebro y que el Gobierno se disponía a abandonar la corte, el general Gómez abandonó Córdoba y se dirigió hacia el norte. El 22 de octubre los legitimistas entraron en Santa Eufemia, desde donde solicitaron alimentos a Almadén, pero el gobernador militar de la plaza contestó: “En Almadén no se dan raciones si no se conquistan con plomo”. Al día siguiente, los soldados de Gómez se presentaron ante la población, batiendo a los liberales. El hecho impactó tanto en la España isabelina que la prensa y las Cortes pidieron responsabilidades al general Rodil, el cual fue destituido.

A continuación, la expedición se dirigió a Extremadura, entrando en Guadalupe, Trujillo y Cáceres pero, acosada por las tropas de Ribero, Alaix y Narváez, se dirigió nuevamente hacia el sur, llegando a Algeciras y Gibraltar, con la intención de contramarchar después hacia el norte. Y, ante el asombro de todos los españoles de ambos bandos, los 6.000 carlistas lograron evitar a los 25.000 liberales, entrando el 25 de noviembre en Majaceite. Allí se produjo la batalla más sobresaliente de toda la guerra civil en la provincia de Cádiz. En su retirada, los carlistas se dirigieron a Villamartín, desde donde marcharon al norte, entrando en ese territorio al mes siguiente, tras haber permanecido en el interior del territorio isabelino durante cerca de seis meses. Pese a su espectacularidad, no tuvo esta expedición excesivas repercusiones militares, pues si bien es cierto que regresó con un número de hombres similar a la partida –y que distrajo a numerosos soldados liberales del frente principal– también lo es que no logró establecer un estado de guerra permanente en ningún otro punto peninsular.

Como el autor demuestra, el carlismo sevillano fue un movimiento con una base mayoritariamente popular, generalmente campesina, sin por ello

dejar de tener apoyos urbanos. Los isabelinos decidieron mantener como fuera el control del territorio, a costa de una depuración incluso del ejército y del clero desafecto, manteniendo el apoyo de la mayor parte de los funcionarios y de la nobleza local, pues los títulos más carlistas nunca formaron un grupo homogéneo y organizado. En este movimiento convergieron militantes de varias corrientes políticas que tuvieron su punto de unión en un firme antiliberalismo, manteniendo una permeabilidad que explicaría su supervivencia.

Todo este conjunto de acontecimientos que marcaron el inicio de un sentir, el carlista, que pronto iba a ganar una impronta propia, y que a lo largo del siglo, a pesar de las derrotas políticas, se iba a perpetuar dando nombres ilustres a la capital hispalense tales como Pagés del Corro o Mateos Gago. Para todos los interesados en historia de Andalucía en el siglo XIX este estudio resulta muy recomendable. Algunos libros son catados, otros devorados, poquísimos masticados y digeridos debidamente. Esperamos que el presente lo sea por sus lectores.

ANTONIO MANUEL MORAL RONCAL

Małgorzata MIZERSKA-WROTKOWSKA y José Luis ORELLA MARTÍNEZ (eds.), **Poland and Spain in the Interwar and Postwar Period**, Madrid: SCHEDAS, S.L., 2015, 228 p., ISBN 9788494418068

Poland and Spain in the Interwar and Postwar Period is a result of an international research project conducted

by the Institute of European Studies in the Department of Journalism and Political Science at the University of